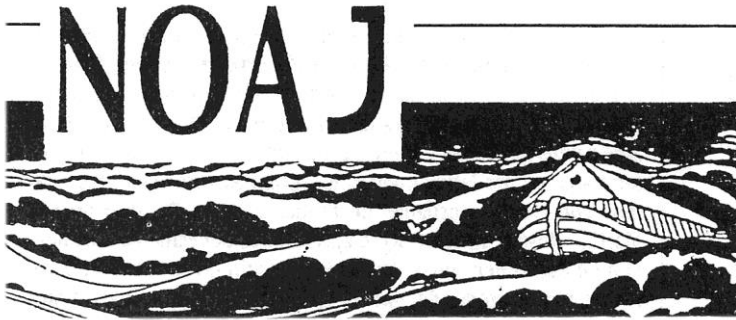




Año II, N°. 2, julio de 1988

Kisch, Egon Erwin. Rescate y testimonio. "Una aldea indígena bajo la Estrella de David". pp. 105-107

Rescate y testimonio

El exilio de los intelectuales judíos alemanes antifascistas en América Latina es un capítulo casi desconocido. Escritores y artistas del valor de Ana Seghers y Egon Erwin Kisch, refugiados en México durante 1933-1946; o Stefan Zweig en Brasil; o escritores como Paul Zech, Walter Jacob, Doris Daubler en Argentina durante esos mismos años, aun esperan estudios sobre sus experiencias latinoamericanas e investigaciones sobre las implicancias del exilio político y literario de un conjunto muy representativo de intelectuales alemanes exilados.

Una visión general del exilio político alemán durante el nazismo en toda América Latina aparece en Wolfgang Kiepling, *Exil in Lateinamerika* (Frankfurt am Main, 1981) y en la obra colectiva de Hans Bernhard Moeller (Ed) *Latin America and the Literature of Exile* (Heidelberg, 1983). El exilio alemán antinazi mereció un reciente trabajo exhaustivo de F. Phole: *Das Mexikanische Exil. Ein Beitrag Zur Geschichte der politischen und literarischen Exil 1936-1946*. (Univ. Hamburg, 1984). El exilio en Argentina fue estudiado en sus aspectos li-

terarios y políticos por Arnold Spitta: *Paul Zech in Sudamerikanischen Exil 1933-1946* (Berlin 1978), y por Olga Elaine Rojer: *The German Speaking Exile in Argentina 1933-1945. A Historical and Literary Introduction* (Tesis doctoral, Univ. Maryland, 1986).

Aún no se emprendió la valorización crítica del impacto de este exilio esencialmente político sobre la identidad judía de escritores e intelectuales que hallaron refugio y produjeron literatura en América Latina. Una excepción es el trabajo de Alberto Dines sobre Stefan Zweig que se publica en este número de NOAJ. Un reciente trabajo viene a cubrir este muy sugestivo silencio que escamotea la aprehensión total del fenómeno del exilio judeo-alemán. Así, Patrik von Zur Mühlen aborda de frente la cuestión en *Judische und deutsche Identität von Lateinamerika-Emigranten* (*Exilforschung Ein Internationales Jahrbuch*, Band 5, 1987, pp. 55-67).

El caso de Egon Erwin Kisch es muy elocuente. Este escritor judeo-alemán, autor de libros muy reconocidos en la literatura alemana moderna como *Der Madchenhirt* (Berlin, 1922) y *Prager Pitaval* (Berlin 1931), redescubrirá sus raíces durante su obligado exilio mexicano. Un testimonio conmovedor de este proceso de autoidentificación es su relato-reportaje con motivo de su fascinante descubrimiento de los indios judíos de la localidad mexicana de Venta Prieta, cerca de las minas de Pachuca, quienes conservan las prácticas judías desde los tiempos de la Conquista, en un medio católico e indígena. Esta crónica, junto a otras que revelan la curiosidad de su autor por la América mestiza y judía, forman parte de su libro *Entdeckungen in Mexico: Reportagen wien, Globus Verlag, 1947*.

Egon
Erwin
Kisch

Una aldea indígena bajo la Estrella de David

Ese sábado me levanté antes del alba para viajar al servicio de Shabat en Venta Prieta. Debo admitir que mi actitud era bastante sarcástica, ya que suponía que iba a asistir a un espectáculo más bien grotesco.

Era demasiado temprano cuando llegué a Venta Prieta. Unos pocos indios o mestizos, iguales a todos los indios y mestizos que conocía, vestidos con camisas de algodón, pantalones y sandalias, aguardaban en la niebla de noviembre. Unos de ellos, bajo y robusto, envuelto en un poncho de lana roja, era el señor Enrique Téllez, jefe de la comunidad judía, el único que podría proporcionarme información auténtica sobre la comunidad. El señor Téllez es también el hombre más rico de la aldea, lo que no significa, ciertamente, que sea un hombre rico.

Venta Prieta cuenta con ciento cincuenta habitantes, dos tercios de los cuales son indios Otomi. “El tercer tercio”, me dice el señor Téllez, “somos los judíos, 37 adultos. En realidad constituimos una gran familia, o más exactamente dos familias emparentadas, los Téllez y los González. Hemos vivido aquí sólo dos generaciones. Antes vivíamos en Zamora, en el estado de Michoacán. Hace cuarenta años hubo un pogrom, los atacantes apresaron a mi abuelo materno, Román Gison, se burlaron de su fe y le exigieron la conversión. Cuando se negó, lo envolvieron en un cuero de vaca y prendieron fuego a su alrededor; el cuero encogió y lo comprimió hasta matarlo. Todos los judíos huyeron de Zamora. Mi padre encontró estos terrenos, que pertenecen a una hacienda distante. La tierra es mala y reseca, pero mi padre los prefirió porque no había otras casas en la zona — no quería saber nada de ciudades, ni siquiera de aldeas”.

Lancé una ojeada al reloj. “El servicio comenzará pronto”, di-

jo don Enrique; “no somos muy puntuales, las mujeres deben preparar el desayuno de sus maridos antes de que salgan a trabajar”.

“¿Quiere decir que trabajan en sábado?”

“No tenemos otra alternativa. Por eso organizamos tres servicios, y venimos por tandas”.

“¿Usted conduce el servicio, señor Téllez?”

“No, yo no entiendo mucho de eso. Nuestro rabino es un panadero abisinio de Pachuca, muy interesado en religión. Conoce bien la Biblia y hasta lee hebreo. En un minuto estará aquí”.

Mientras esperamos, Don Enrique me enumera los ritos observados por la comunidad: el “Ayuno Grande” (del Día del Perdón), las “galletas de Semana Santa” (su propia traducción de **matzot**), el Día de Año Nuevo y el ayuno en el aniversario de la destrucción del Templo. “No comemos cerdo, y matamos al ganado y a las aves según el rito **kasher**. Llevamos a los recién nacidos a la ciudad, para que el señor Klipper los circuncide” (el dueño de ese onomatopéyico nombre es, efectivamente, el **mohel** de México).

Don Enrique me señala a un niño rubio, con aspecto de noruego, de unos cuatro años. “Es mi sobrino, se llama Rubén. Todos nuestros hijos tienen nombres bíblicos: Elías, Abraham, David, Saúl, Raquel, Rebeca, Sara”.

De su propia generación, Don Enrique tiene poco para añadir. “En Michoacán teníamos un rabino que no era lampiño como los indios, sino que tenía una gran barba plateada; los campesinos lo llamaban ‘el obispo de los judíos’. A veces viajaba a otras comunidades para predicarles. En nuestro distrito no hay otra comunidad judía, la más cercana está en San Agustín de Zapotla, a dos horas de tren, en el estado de México. ¡Ah, aquí viene nuestro rabino! ¡Olé, etíope!”

Como sé que es abisinio, reconozco en él inmediatamente los rasgos típicos de los **falashas** de Abisinia, cuya gran sinagoga en Harlem, en Nueva York, he visitado. Su nombre es Guillermo Pena, tiene menos de 30 años y su trabajo de panadero le deja bastante tiempo para estudiar el hebreo y leer la Biblia. Todos los sábados viene a Venta Prieta, conduce el servicio divino y proporciona instrucción religiosa, sin obtener paga alguna.

Entramos al “Jardincito”, como ellos lo llaman, en cuyo centro está la pequeña casa de oración en la que no podrían haber más de cuarenta personas. A un costado hay un piano, al otro un pizarrón cubierto de caracteres hebreos y un viejo globo terráqueo para visualizar la geografía bíblica. Sobre el mantel bordado que cubre la mesa del altar hay una vela (en lugar del candelabro de siete brazos), un vaso (en lugar del cáliz dorado) y, sustituyendo al rollo de la Torah, un gran libro: el Viejo y Nuevo Testamento en español, publicado por la Sociedad Bíblica. En verdad, ese libro esta fuera de lugar desde todo punto de vista: la comunidad judía no reconoce el Nuevo Testamento, y la Sociedad Bíblica no publicó el libro para ayudar a los judíos a conservar su fe.

Una de las paredes encaladas muestra una Estrella de David sostenida por dos leones de espesas melenas; en otras, dos candelabros pintados compensan la ausencia de los verdaderos, pero sus bases y las velas ostentan emblemas de todo tipo y origen. La pared frontal está dominada por el **Shema Israel**, en hebreo y en castellano: “Oye, Israel, el eterno es nuestro Dios, el eterno uno es”.

La congregación consta de trece personas, entre ellas sólo cuatro hombres. Hay allí cuatro mujeres, las que bordaron el mantel del altar, y varios niños, entre ellos el noruego-judío-indio Rubén Téllez, y Saúl González, de nueve años, que estudia en la escuela

militar y es un futuro general mexicano. El grupo no constituye, ciertamente, un **minian** ortodoxo. ¿Pero puede Jehovah ser tan estricto aquí, donde Su pueblo le ha permanecido empeñosamente fiel pese a siglos de terribles amenazas y tentadoras promesas?

El servicio religioso fue sencillo, esencialmente igual a cualquier servicio de Shabat en una sinagoga común. Al final, la congregación se alineó frente al altar para decir la oración de los muertos. Yo también me adelanté y repetí las palabras que decía el rabino, a las que cada uno incorporaba el nombre de sus propios muertos.

Mi padre y mi madre nacieron en Praga, y allí vivieron, murieron y fueron enterrados. Jamás imaginaron que uno de sus hijos pronunciaría una oración en su memoria junto con un grupo de indios, a la sombra de las plateadas montañas de Pachuca. Mis padres tampoco sospecharon que sus hijos serían expulsados de su hogar, uno a México, otro a la India, y los dos que no alcanzaron a huir del terror nazi, a desconocidos sitios de inimaginable horror y de muerte. Mis pensamientos fueron más lejos: parientes, amigos, conocidos y extraños, víctimas del Holocausto, todos ellos con derecho a ser recordados en la plegaria por los muertos — procesión de víctimas masacradas como si la humanidad nunca hubiera tenido sentido, como si nadie hubiese nunca luchado por traer más pan, más justicia, más verdad, más salud, más sabiduría, más belleza, más amor y más felicidad al mundo.

Fui el último en retirarme de ese altar hacia el cual me dirigiera, pocas horas antes, con una actitud de superioridad irónica.

(Extractado y traducido de Egon Erwin Kisch, **Tales from Seven Ghettos**, Londres, 1948).